



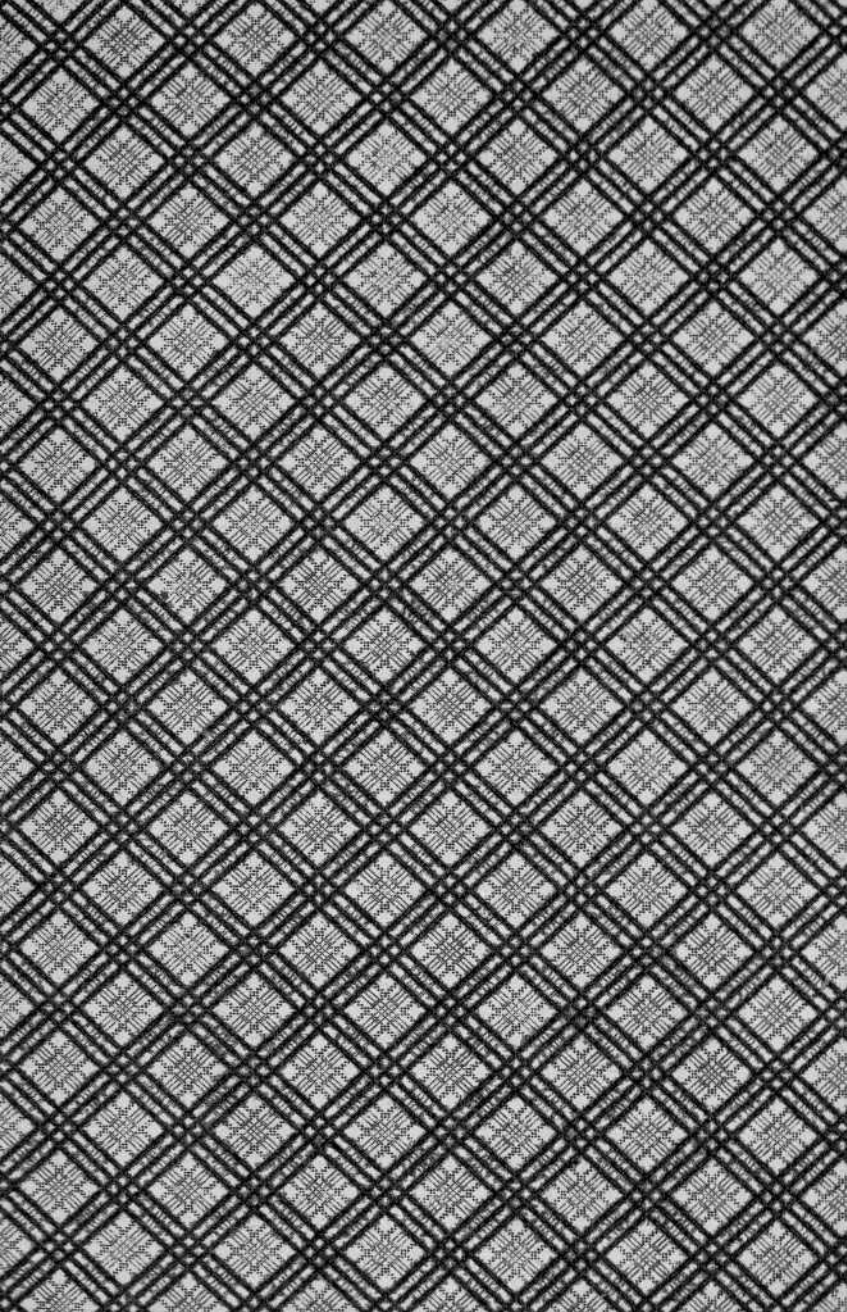
LIBRERÍA BERCEO

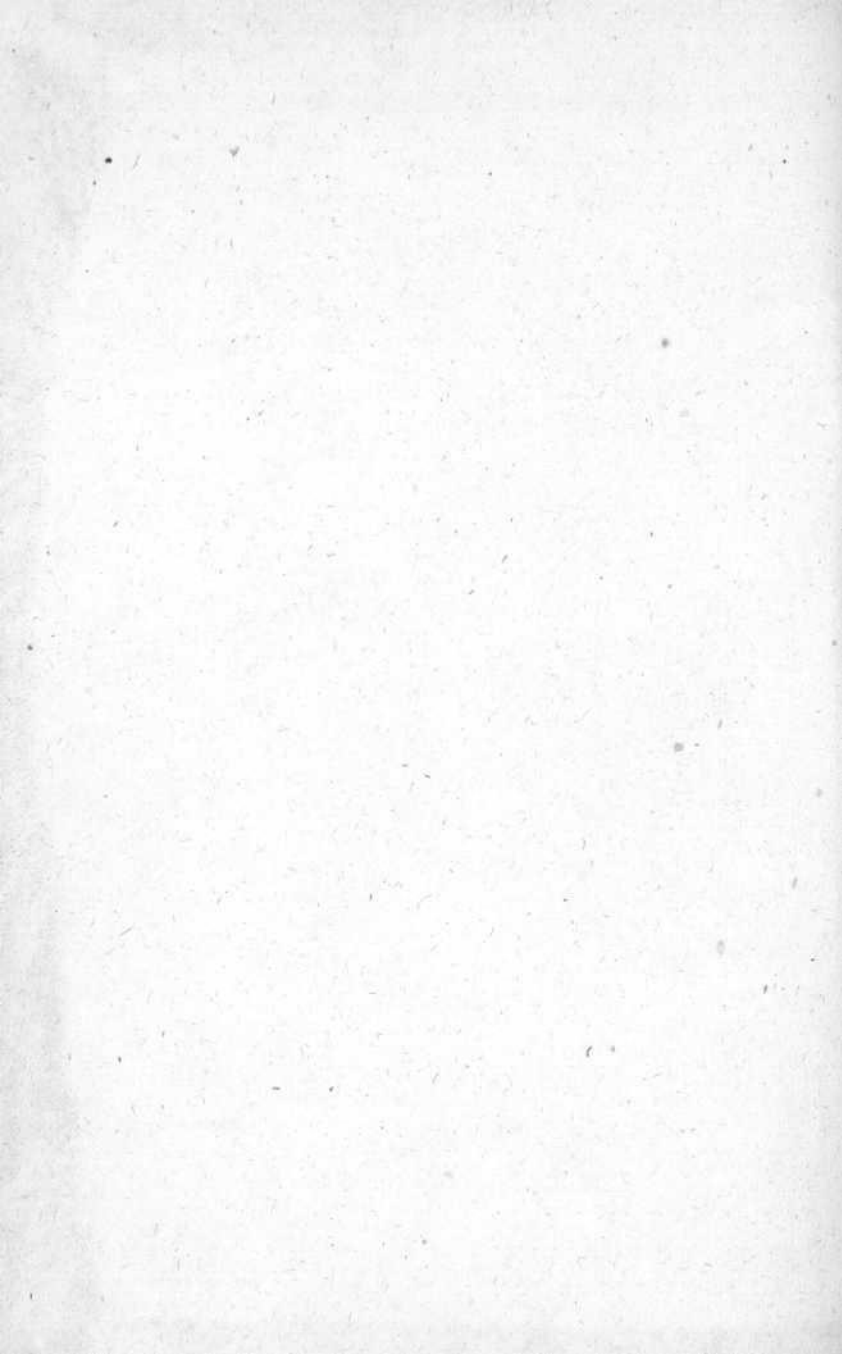
COMPRA Y VENTA

C/ Juan de Herrera, 6 (Junto a C/ Mayor)
28013 MADRID

Teléf: 91 559 18 50 Fax: 91 547 75 60

e-mail: libreriaberceo@hotmail.com





LA VENGANZA DE UN PECHERO.

DRAMA

en tres actos,

original

DE DON JUAN CERRO POZO,

DON JUAN DE LA ROSA GONZALEZ,

Y DON PEDRO CALVO ASENSIO.

Representado por primera vez con extraordinaria aceptación en Madrid en el Teatro de Variedades, en Abril de 1844.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1844.

PERSONAS.

ACTORES.

INÉS.	D. ^a Josefa Rizo.
CAROLINA.	D. ^a Ramona Francisconi.
TEODORA.	D. ^a Juliana Mora.
ALFREDO, guerrero.	D. Juan Alba.
EL CONDE DE LA MATA.	D. Miguel Bailon.
ENRIQUE.	D. Antonio Rodrigo.
DON ANSELMO.	D. Antonio Chavarria.
ARTURO. } Pages del conde. }	D. ^a Maria Alvarez.
EDUARDO. }	D. Eugenio Camino.
CRIADO.	D. Francisco Écija.



La accion pasa en el año 1550. El primero y segundo acto pasan en Burgos. El tercero en una retirada quinta de las montañas de Aragon.



Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Á NUESTRO APRECIABLE AMIGO

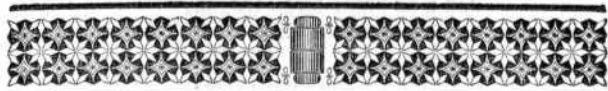
D. Juan Martinez Villergas,

en franca demostracion

de cariño y gratitud.

LOS AUTORES.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637



Acto primero.

De Don Juan Cerro Pozo.

Sala adornada con alguna elegancia en casa de don Anselmo: dos puertas laterales á la derecha del espectador; una á la izquierda, otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

INÉS. TEODORA.

- TEODORA. ¿Y por fin qué adelantais con esa afliccion, señora? Mitigad vuestros pesares y vuestra pena angustiosa, que don Anselmo tal vez su fuerte empeño deponga.
- INÉS. ¡Mi padre! ¡ay Dios! ¿No le oiste hablarme ayer de la boda, y decirme que sin réplica á Enrique, mi amor, desoiga, y que de ese conde admita los amores cariñosa?
- TEODORA. ¿Puede darse mas tormento á mi corazon, Teodora?
- TEODORA. No os atormente esa idea, que el tiempo todo lo borra:

INÉS.

dad á su amor larga tregua,
 que tras de dias y horas
 puede ser que don Anselmo...
 Será esa tregua bien corta,
 porque hoy se cumple mi plazo,
 y mi padre sin demora
 esperará que pronuncie
 el sí que tanto ambiciona.
 Hoy mismo vendrá ese conde
 con su vanidad pomposa,
 diciendo tal vez ufano
 que por hacerme una honra
 se humilla á pesar de todo
 para que sea su esposa;
 y no sabe el insensato
 que toda esa pompa la odia
 el alma de una muger
 que amó con pasión heróica,
 y hoy lo sacrifica todo
 por complacer bondadosa
 á su buen padre.

TEODORA.

Pues yo

le diria sin lisonjas,
 señor, no he nacido noble,
 aunque mis prendas me abonan:
 vos teneis blasones, títulos,
 heredades numerosas,
 y ademas, con mucho brillo
 de Castilla una corona.
 Mil damas hay cortesanas
 que admitirán orgullosas
 vuestros títulos y mano,
 dando mas lustre y mas pompa
 á ese encumbrado linage,
 sin que á vuestra alta persona
 la tachen con un lunar
 tal vez de infamia y deshonra,
 y mi oscurecida mano
 eso, conde, os proporciona.
 ¿Y mi padre?

INÉS.

TEODORA.

Resistios

á sus instancias.

INÉS.

¡ Teodora !
 ¿Cómo á mi padre oponerme?
 ¿Cómo escuchar de su boca
 su palabra, su mandato,
 sin obedecer?

TEODORA.

Señora,
 vedle aqui, ya se aproxima:
 os dejaré con él sola
 á ver si lograis vencerle
 con vuestros ruegos ahora.
 Ante todo no olvidéis
 que jamas os abandona
 una muger que os aprecia.

INÉS.

Ya lo sé; gracias, Teodora.

TEODORA.

Do quiera que vos esteis
 seré siempre vuestra sombra.

INÉS.

Nunca lo podré olvidar.

TEODORA.

Ya se llega; os dejo á solas.

(Se entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

INÉS. *Despues* DON ANSELMO.

INÉS.

¡ Cielos ! no me abandoneis :
 ved mi situacion penosa,
 y haced al fin que mi padre
 mis súplicas no desoiga.

(Don Anselmo, por la puerta de la derecha.)

ANSELMO.

¿Has descansado, hija mia?
 ¿Se acabó ya tu desvelo?

INÉS.

No quiere volverme el cielo
 mi reposo y mi alegría.

ANSELMO.

¿Por qué tan llorosa estás?
 ¿te opones á mis deseos?

Inés, con tus devaneos
 desazonándome vas.

Cuando ufana y complaciente
 te debieras de mostrar
 porque logras cautivar
 á un caballero pudiente,
 ¿aun esquivas su pasion

- poniendo á tu padre dique ?
 Tan solo podré á mi Enrique
 entregar mi corazon.
- INÉS.
- ANSELMO. No pronuncies ese nombre,
 que siempre oyéndote estoy :
 hoy mismo , ¿ lo entiendes ? hoy
 debes despedir á ese hombre.
- INÉS. ¿ Y mi juramento , padre ?
- ANSELMO. Interesado en tu bien
 debo proponer tambien
 esposo que á ti te cuadre :
 tú con el conde serás
 muger dichosa y querida ,
 y una corona lucida
 á tu frente ceñirás.
 Y si aceptas obsequiosa
 de Enrique el amor , Inés ,
 ¿ serás mas feliz despues
 que siendo del conde esposa ?
- INÉS. Que lo seré , padre , si ,
 el corazon me responde ;
 pero ¡ ay ! jamas con el conde
 llegará la dicha á mi.
 Porque no me tiene amor ,
 y si pretende mi mano
 solo es por orgullo insano ,
 por gozarse en mi dolor.
 En tanto que Enrique me ama
 con pasion de candidez ,
 y es amor de la niñez
 quien nuestros pechos inflama.
 Mas ese conde ¡ gran Dios !
 ama con pasion brutal ,
 él solo goza en mi mal
 y nos perdemos los dos.
 Asi , padre , por piedad
 no desprecies á mi Enrique ,
 y opongais eterno dique
 á nuestra felicidad.
- ANSELMO. No sé cómo te he escuchado
 esa imprudencia prolija :
 ¿ he de entregar yo mi hija

á un miserable , á un menguado
sin titulos y sin nombre ?

INÉS.

Tiene en su pecho pureza.

ANSELMO.

Pero no tiene nobleza,
que es lo que engrandece al hombre.

No asi sucede al esposo
que te propongo y te adora,
pues te hará reina y señora
de un condado poderoso.

INÉS.

¿ Y qué vale su blason
con su corona luciente ?

la nobleza solamente
existe en el corazon.

ANSELMO.

Inés , me obedecerás ;
deja ese amor insensato ;

hoy va á firmarse el contrato,
y á Enrique despedirás.

No se despegue tu boca
para que en contra me arguyas

ni mis consejos rehuyas ,
que obedecerme te toca.

INÉS.

En mí hallareis sumision
para obedeceros luego ,

mas si mi mano le entrego,
no le doy el corazon.

ANSELMO.

Cón suave y dulce beleño
le adormecerá tu esposo

como noble y cariñoso...

INÉS.

Pero nunca como dueño.

ANSELMO.

El tiempo , Inés , borrará
tu constante desvario.

INÉS.

Ni aun el rigor , padre mio ,
del pecho lo arrancará.

ANSELMO.

Algún dia , hija del alma,
tú me darás la razon :

hoy cumple tu obligacion,
y recobrarás la calma.

(Se entra por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

INÉS.

¡Mi calma! ¡Delirio vano!
 ¡Cobrar mi calma! ¡Ilusion!
 Si voy con dolor insano
 á entregar, triste, mi mano
 á quien odia el corazón.
 Mi padre un día verá
 mi dolor y mi amargura
 y tarde lo sentirá,
 porque aliviar no podrá
 mi angustiada desventura.
 Mas... ¡cielos! ¿Enrique, aquí?
 y en este fatal momento,
 en su ciego frenesí,
 ¡triste! exigirá de mí
 la fé de mi juramento.

ESCENA IV.

ENRIQUE. INÉS.

(*Enrique, entrando por el foro, dice aparte el primer verso.*)

ENRIQUE. (Ya la veo; sola está.)
 Inés, mi bien, mi ternura,
 mire yo esa faz tan pura
 que mi pecho abrasa ya.
 Mas... ¿qué veo? ¿El rostro ocultas
 y lo separas de mí?
 ¿te es molesto mi amor, di,
 y en olvido lo sepultas?
 ¿Qué pena, qué agitacion
 en ese semblante brilla,
 surcando por tu mejilla
 el llanto del corazón?

INÉS. ¡Ay, Enrique! que mi estrella
 siempre fatal me persigue.

ENRIQUE. ¿Y acaso no hay quien mitigue

los pesares de una bella?
 ¿Qué es esto? ¿qué sentimiento
 acibara tu existir?

INÉS.

No me lo hagas proferir.

ENRIQUE.

¿Qué es pues de tu juramento?

¿Secretos entre los dos?

¿Desde cuándo? Inés, responde,
 que nada ya se me esconde.

INÉS.

(¡No me abandoneis, gran Dios!)

ENRIQUE.

¿Acaso algún atrevido

sin tu sexo respetar

te haya llegado á insultar?

Dime pues ¿quién te ha ofendido?

¿Quién ha osado alzar los ojos

con altivez insolente

y fijarlos en tu frente

tal vez causándote enojos?

Tema quien fuera el furor

de un corazón irritado,

y que se siente alentado

por el fuego del amor.

INÉS.

¡Amor infeliz! funesto,

que á los dos nos va á perder.

ENRIQUE.

¿Tú qué pronuncias, muger?

no te comprendo: ¿qué es esto?

INÉS.

Fuerza es ya que sacrifique

mi porvenir y tu amor,

y muera con el dolor

de no ser tuya, mi Enrique.

ENRIQUE.

¡Inés! ¿qué dices?

INÉS.

Escucha,

escucha á una desgraciada

que de pena atormentada

con sus infortunios lucha.

Hay un hombre entre los dos

que de nuestro amor dispone

y á nuestra dicha se opone.

¿Y quién?

ENRIQUE.

Mi padre.

INÉS.

¡Gran Dios!

ENRIQUE.

INÉS.

Ese, Enrique, es á quien debo

mi existencia desgraciada,

- y jamas, jamas en nada
a contrariarle me atrevo.
Porque es mi padre, y él es...
ENRIQUE. Quien sacrificarte intenta;
pero en verdad que no cuenta
con nuestro cariño, Inés.
INÉS. ¡Cómo! ¿Qué piensas?
ENRIQUE. Salvarte.
INÉS. ¿De qué modo, Enrique?
ENRIQUE. Huyendo.
INÉS. Por piedad, ¿qué estás diciendo?
ENRIQUE. Que yo solo puedo amarte.
INÉS. Pero... ¿huir? jamas, jamas.
ENRIQUE. ¿Te rehusas, insensata?
Pérfida, muger ingrata,
atormentándome estás.
Tal vez, muger veleidosa,
falaces son tus palabras
con que la desdicha labras
en un alma bondadosa.
Tal vez, tal vez un rival
te ha inspirado esa cautela,
mientras que tu padre anhela
nuestro enlace conyugal.
INÉS. ¡Nuestro enlace! Cuán dichoso
fuera para mí ese día,
y no infeliz contaria
las horas con un esposo
cuya vista me atormenta,
y á quien me uniré mañana.
ENRIQUE. ¡Ay! que tu pasión insana,
segun te escucho, me afrenta.
¿Luego es cierto? di, ¿y quien es
ese rival, insensata?
INÉS. Es el conde de la Mata.
ENRIQUE. ¡Gran Dios! ¿Qué dices, Inés?
¿Ese magnate altanero?
Bien me anunció el corazón
que en el tuyo con traición
otro habria prisionero.
INÉS. Duélate, Enrique, mi lloro,
que demuestra mi inocencia.

- ENRIQUE. Bien me dicta mi conciencia
que me ha postergado el oro.
- INÉS. ¿Yo postergarte? jamas.
Es mi padre quien lo ordena.
- ENRIQUE. El interes, sí, resuena
en tu pecho nada mas.
¿Dónde está tu amor, en dónde,
si solo por la riqueza
me arrebatara tu belleza
ese destestable conde?
- INÉS. Compadece mi dolor,
no aumentes mi desconsuelo.
- ENRIQUE. Cuando con tan torpe anhelo
me ha privado de su amor,
¿fascinarme aun intenta?
No, muger, ya no te creo,
que en tu rostro solo veo
las señales de la afrenta.
- INÉS. Estás, Enrique, imprudente
con una infeliz muger,
y la haces mas padecer
cuanto está mas inocente.
- ENRIQUE. ¿En dónde está tu inocencia,
cuando tu pecho se allana
á admitir la pompa vana
de un título, y su opulencia?
Me juraste con traicion
un amor eterno y puro,
y ahora tu labio perjuro
me desmiente esa pasion.
¡Ay! con palabras mentidas
odiabas el oropel,
y hoy te le ofrecen, ¡infiel!
y le aceptas y me olvidas.
Mas si pierdo la esperanza
de poseerte, aseguro
que no quedará, lo juro,
sin cumplirse mi venganza.
- INÉS. ¡Ah! me insultas sin piedad.
- ENRIQUE. Cual mereces solamente.
- INÉS. Duélate mi pena ardiente.
- ENRIQUE. Me irrita tu liviandad.

Tened, señor, esa lengua,
 respetad mi padecer,
 que insultar á una muger
 en un caballero es mengua.
 Basta: y sabed ademas
 que nuestro amor muere aqui:
 mi padre lo quiere asi;
 idos, no volvais jamas.
 Enrique, dadme al olvido:
 mas la que llamais perjura,
 por última vez os jura
 que jamas os ha mentido.

(Se entra por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA V.

ENRIQUE.

Y me deja, fermentada,
 entregado á mi dolor,
 despues de amargar mi vida
 privándome de su amor.
 ¿Qué se hizo aquel juramento
 que mil veces elevaste
 hasta el regio firmamento
 donde tus ojos fijaste?
 ¿Qué se hizo, muger impia,
 tu espresion angelical?
 ¿Se ha corrompido en la orgía
 de este sueño mundanal?
 ¿Y aun pretendes veleidosa
 fascinarme con tu lloro,
 cuando te arrastras gustosa
 tras el interes del oro?
 Presa de ardiente dolor
 quizá yo infeliz sucumba;
 mas no olvideis que ese amor
 os abre, conde, la tumba.

(Se retira por el fondo, y permanece la escena un instante sola.—El conde de la Mata entra por el fondo precedido de un criado de la casa.)

CRIADO. Tomad asiento un instante

mientras de vuestra llegada
doy aviso á mi señora.

CONDE. Decid que el conde la aguarda,
y se da por muy honrado
con venir á visitarla.

(Se entra el criado por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

EL CONDE.

Sencilla, inocente y pura,
llena de infantil pudor,
hará eterna mi ventura,
que si es mucho su candor,
es aun mayor su hermosura.
Segun late enagenado
mi orgulloso corazon,
por su poder subyugado,
ó me engaña la ilusion,
ó yo estoy enamorado.

ESCENA VII.

EL CONDE. UN PAGE *por el fondo con un billete.*

PAGE. Señor conde, una tapada
en vuestro palacio entró
y este billete me dió.

CONDE. *(Tomándole.)*
Veamos qué es la embajada.

PAGE. Y dijo con mucho empeño
que de allí no se movia,
y contestacion pedia.

CONDE. *(Abriendo el billete y aproximándose al
proscenio.)*

¡Cielos! ¡su letra! ¡yo sueño!

(El page se retira al fondo.)

(Lee.) Conde: la muerte es preferible á la deshonra,
y bien sabeis que esta empaña mi frente, y que vos
sois el único que me la ha causado. En vuestra mano
está libertarme de ella, cumpliendo la palabra que ale-

vosamente me disteis; de lo contrario, temed el justo resentimiento de la venganza. Mi hermano va á volver, y al ponerme ante su presencia me pedirá cuentas de mi honor; y entonces ¿qué quereis que yo le responda? Le diré que un hombre vil le empañó con juramentos mentidos; y si ardiendo en ira me exigiese su nombre, yo no podré menos de contestarle que vos habeis sido el infame, y mi deshonor publicará vuestra villanía, y atraera sobre vuestra cabeza el odio universal. = *Carolina.*

CONDE.

(*Con mofa.*)

¡ Su hermano ! ¿ Y quién es su hermano ,
que así intimidarme intenta ?

Pensará que me amedrenta
con su furor el villano.

Por Cristo , en buena ocasion
mi juramento reclama.

(*Se sienta á escribir, y cuando ha concluido dice:*)

Arturo , dila á esa dama
que ahí va la contestacion.

(*Le da una carta.*)

(*Apenas se va el page sale Inés, á quien precede el criado de la anterior escena, y se retira por el fondo.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. INÉS.

INÉS.

Señor conde...

CONDE.

A vuestros pies
el mas rendido amator
viene á juraros amor.

INÉS.

Me honrais demasiado.

CONDE.

¡ Inés !

El cielo al fin bondadoso
me premia con mucha usura,
deparando la ventura
á mi corazon dichoso.

Mas ¿ por qué triste, señora,
ante mi vista os mostrais ?

El silencio que guardais
mi amante pecho devora.

Vos pensativa y llorosa
 venis, Inés, á mi lado,
 cuando el pecho enagenado
 os adora como á esposa.
 Deponed por Dios el llanto,
 decidme que me amareis,
 y que ingrata no sereis
 con quien os adora tanto.

INÉS.

Al daros, conde, mi mano
 no exijais de mí otra cosa:
 consiento en ser vuestra esposa
 por mandato soberano.

De mi padre á la obediencia
 no infeliz me obstinaré,
 y sacrificar sabré
 á su imperio mi existencia.

CONDE.

Hermosa, al ver algun dia
 la pasion con que os adoro,
 ya enjugareis vuestro lloro
 y cobrareis la alegría.

La opulencia, los placeres
 que do quier os cercarán
 siendo mi esposa, os harán
 feliz entre las mugeres.

INÉS.

De qué valen las riquezas
 cuando el alma lastimada
 no encuentra placer en nada,
 ni en medio de sus grandezas.

CONDE.

Pues el brillo seductor
 de este mundo despreciamos,
 y tan solo atesoremos
 ricos encantos de amor.

Y felices de esta suerte
 nuestros dias pasarán,
 y entre el placer volarán
 al encontrarlos la muerte.

Mas... vuestro padre: venid
 y dad ese sí amoroso,
 que al volverme mi reposo
 me hará por siempre feliz.
 Venid, angel inocente,
 mi ventura á cimentar.

(*Con resignacion.*)
Vamos. (Y yo iré á labrar
mi desdicha eternamente.)

ESCENA IX.

UN CRIADO. ALFREDO.

(*Se oye desde fuera al criado y á Alfredo decir:*)

CRiado. (*Desde afuera.*)
Su cuna respetad.

ALFREDO. (*Idem.*) La tengo en poco.
(*Entrando en la escena.*)

Su sangre derramar es mi esperanza:
vengo ardiendo en deseos de venganza:
vengo de afrenta y de deshonra loco.
¡Venganza! ¿Lo escuchais? venganza quiero:
quiero lavar la mancha de mi frente,
por eso de su alcázar impaciente
vine á buscarle aqui.

CRiado. Calmad, guerrero.
Yo al punto le diré vuestro mensaje.
(*Se entra por donde se fue el conde.*)

ALFREDO. ¡Cuán caro, patria mia, me has costado!
Por tí mi noble sangre he derramado,
y en premio á mi valor hallo un ultraje.
(*El criado vuelve á salir.*)

CRiado. ¿Qué contesta? responde.
Con despacio
y con calma escuchó lo que decia,
esclamando con fiera altanería
que tan solo da audiencia en su palacio.

ALFREDO. No me escuchas, ¡oh conde aborrecido!
y ufano me desprecias y orgulloso
porque en dorada cuna te has mecido,
y eres noble y te llamas poderoso:
¿y he de mirar mi honor envilecido
con un lugar de afrenta ignominioso?
Jamás lo haré: soy libre, aunque pechero,
y un honrado supera á un caballero.
Necio de tí, si piensas insolente

que he de llevar mi nombre con mancilla :
tú burlaste el candor de una inocente
que era el encanto y gloria de Castilla :
yo volveré à tu alcazar prontamente,
y si mi honor aun limpio no brilla
radiante lucirá como el sol puro
con tu sangre, traidor, por Dios lo juro.





Acto segundo.

De D. J. de la Rosa Gonzalez.



Salon en el palacio del conde de la Mata: dos puertas á la derecha del espectador que dan paso á lo interior del palacio: una lateral izquierda que conduce al jardin. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO. EDUARDO.

ARTURO. Magnífica fue la fiesta.
EDUARDO. Tan buena cual corresponde
á nuestro señor el conde.
ARTURO. Bien su cuna manifiesta.
Allí cada cual queria
con su lujo y porte airoso
lucir el brillo ostentoso
de su blason é hidalguía.
Estaba el templo alumbrado
con profusion y elegancia,
respirando la fragancia
de aquel cielo embalsamado.
El bordado terciopelo
sus paredes adornaba,
y el alma se trasportaba
língiendo estar en un cielo.

Y cual los ángeles, puras
allá en el coro sonaban
voces que tambien se alzaban
hasta el Dios de las alturas.

Y mil hermosas tambien
con su rostro peregrino.
¿Es verdad que era divino?

EDUARDO. Es verdad, era un Edén.

ARTURO. ¿Y reparaste, Eduardo,
el altivo continente
con que llevaba la frente
nuestro conde?

EDUARDO. ¡Qué gallardo!

¡Con qué altivez caminaba!

¡con qué orgullo sonreía!

Si mucho amor él tenia,
mas soberbia demostraba.

ARTURO. ¿Y cuál es el pecho helado
que al mirar tan linda dama
en altivez no se inflama?

EDUARDO. Muy bien dicho; has acertado.

¿No viste tú cuán hermosa
estaba nuestra condesa?

¡Qué magestad de princesa!

ARTURO. *(Con entusiasmo.)*

Era del templo la Diosa.

(Con intencion.)

¿Y no reparaste, di,
que aquel angel del amor
llevaba impreso el dolor
en su frente?

EDUARDO. *(Con duda.)* Tal vez, si...

mas creilo una ilusion
por mi nuevo error pintada.

ARTURO. ¿Y si acaso atormentada
por una infeliz pasion...?

EDUARDO. Imposible: no lo creo:
Arturo, tú te equivocas;
esas son ficciones locas.

ARTURO. Eres muy torpe, lo veo.

(Mirando con sobresalto á su alrededor.)

Cuando ante el ara postrados

estaban ya los esposos
para unirse venturosos
con juramentos sagrados,
habló el sacerdote así :

«¿ Vos la quereis por esposa?»

Y con voz fuerte, animosa,
dijo nuestro conde, si.

Mas al decir á su vez :

«¿ Vos le admitís por esposo?»

de Inés el semblante hermoso
cubrió mortal palidez.

Cae en los brazos del conde
sin sentido desmayada ,

y á la pregunta sagrada
del ministro no responde.

Entonces con contricion,
á instancias de nuestro dueño ,
el cura sin mucho empeño
los echó la bendicion.

¡ Cielos! ¿ De veras?

EDUARDO.
ARTURO.

Lo he visto.

Pero, chiton, no hablar nada.

EDUARDO.
ARTURO.

Tendré mi lengua callada.

Pues silencio, y ojo al Cristo.

ESCENA II.

DICHOS. TEODORA.

TEODORA.
LOS PAGES.
ARTURO.

Buenas noches, pagecitos.

Tenedias buenas, señora.

(A Eduardo.)

(Tú te retiras ahora.)

(Eduardo retirándose por el fondo.)

(Siempre estan con secretitos.)

ESCENA III.

TEODORA. ARTURO.

TEODORA.
ARTURO.

Qué gracioso sois, el page.

Y vos cuán encantadora.

- TEODORA. ¿Sabeis que estais elegido para una empresa?
- ARTURO. ¡ Señora!
- tanto honor yo no merezco :
mas si juzgais mi persona
útil en algo...
- TEODORA. Escuchadme :
pero ante todas las cosas,
juradme sigilo.
- ARTURO. Juro.
- TEODORA. Mucha cautela.
- ARTURO. Si abona
bastante mi juramento,
lo vuelvo á jurar, Teodora.
- TEODORA. Pues bien, escúchame, Arturo :
ya sabes que á todas horas
está la bella condesa
suspirando, y que no logran
distraerla del dolor
que su corazon devora.
- ARTURO. Bien lo sé : yo mismo he visto
su oculta pena angustiosa,
y mi pecho se ha partido
de dolor...
- TEODORA. Pues bien. Ahora
voy á decirte la causa
de esa pena cautelosa.
- (*Recorre con la vista la escena, y cuando se asegura
que nadie los oye ni ve, prosigue.*)
- Antes de enlazarse al conde
tuvo amores mi señora
con un mancebo gallardo.
- ARTURO. (Fueron mis dudas juiciosas.)
- TEODORA. Pero apenas la vió el conde,
se enamoró : su corona
puso á sus plantas, y el padre
de dársela por esposa
trató al punto, deslumbrado :
mi desgraciada señora
en vano se echó á sus plantas
pidiendo misericordia.
Desoyó el padre sus ruegos.

- ARTURO. ; Cuánto puede una corona !
 TEODORA. Su amante no cesa nunca
 de rondar á todas horas
 este palacio : le he visto ,
 y su angustia me devora :
 me ha pedido que un instante
 le deje entrar generosa ,
 pues quiere antes de ausentarse
 decir á nuestra señora
 á Dios por última vez.
- ARTURO. (No es para chanzas la cosa.)
 TEODORA. Y esta noche va á venir ,
 segun mi promesa.
- ARTURO. Sopla.
 Mirad bien lo que intentais.
- TEODORA. ; Qué ! ¿ Tienes miedo ?
- ARTURO. Señora ,
 no es miedo lo que yo tengo.
 (Por los ojos me rebosa.)
- TEODORA. Pues bien , no me llevé chasco
 en elegir la persona
 de un servidor como tú.
 Toma esa llave , y ahora
 vaja al jardin , que allí espera...
 (Le da una llave.)
- ARTURO. (Tomándola.)
 Pero si el conde en su cólera...
- TEODORA. No temas , siempre en su estancia
 suele estar á tales horas.
- ARTURO. Pero la condesa sabe...
- TEODORA. Dios nos ampare , lo ignora.
- ARTURO. ; Por San Juan Nepomuceno !
 ¿ Con que es decir que vos sola ,
 sin decir la oste ni moste ,
 armais la farsa diabólica ?
- TEODORA. Veo que eres un cobarde.
- ARTURO. Eso no ; mi accion me abona ,
 y pues ya di el juramento
 sabré cumplirle , señora ,
 dando fin á mi mensage
 con resolucion estóica :
 mas quiera con bien del paso

sacarnos Santa Polonia.

(*Se va por la puerta que da al jardín, y Teodora cierra con mucha precaucion.*)

TEODORA. (*Desde la puerta á Arturo.*)
 Mirad, la seña será :
 « constancia , nunca deshonra. »
 (*Cierra.*)
 Asi tendrá el infelice
 un alivio á su pasion :
 mas... cometo una traicion ,
 mi conciencia me lo dice.

ESCENA IV.

INÉS. TEODORA.

INÉS. Teodora , ven á mi lado ;
 alivia mi pena.
 (*Se apoya en Teodora.*)

TEODORA. En fin ,
 ¿ cómo va vuestra salud ?
 ¿ Estais mejor ?

INÉS. (*Con dolor.*) ¡ Ay de mi !

TEODORA. ¿ Por qué estando asi tan débil
 os atreveis á salir
 de vuestra estancia ?

INÉS. ¡ Teodora !
 Porque estaba el conde alli :
 temo estar en su presencia ,
 temo... ¡ muger infeliz !
 que clave en mí su mirada
 y adivine mi sufrir :
 mucho lo temo , Teodora.

TEODORA. Pero , señora , advertid
 que vuestra salud peligra ,
 y que no es justo que asi
 os consumais en silencio.
 ¡ Mal haya el interes vil !

INÉS. Si vieras algunas veces
 cómo se despierta en mí
 un poderoso deseo
 de apartarme del vivir ;

- y esta opulenta grandeza
que me rodea ¡infeliz!
solo aumenta mi congoja,
solo agranda mi sufrir.
- TEODORA. Pues llamad, señora, al conde
en ese caso, y decid
que en el ara vuestros labios
no pronunciaron el si;
y que es enlace forzoso
el que con él contraís.
- INÉS. ¡Oh! No me atrevo, Teodora.
- TEODORA. Cuánto mejor fuera así,
que no á fuerza de pesares
poco á poco sucumbir,
y tal vez con don Enrique...
- (*Al oír Inés este nombre se estremece.*)
- INÉS. ¿Enrique has dicho? ¡infeliz!
No pronuncies ese nombre,
ten mas compasion de mí.
- TEODORA. (Ahora conozco mi error
en quererle introducir
hasta su estancia.) Señora, (*Alto.*)
conozco que cometí
una indiscrecion en ello.
- INÉS. Basta. Déjame sentir
mi mal á solas, Teodora.
Retírate.
- TEODORA. Pero al fin
vais á aumentar mas las penas.
- INÉS. No importa: lo quiero así.
(*Se retira Teodora por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA V.

INÉS.

¡ Enrique! cuánta emocion
ese nombre ha producido
en mi yerto corazon:
pocas veces he sentido
tan poderosa impresion.
¡ Enrique! ¿ dónde se esconde,

que no calma mi dolor?
 ¿Por qué á mi afan no responde?
 Enrique, Enrique, mi amor...
 (Al volver la vista ve al conde y esclama:)
 Silencio. ¡Cielos! ¡El conde!

ESCENA VI.

INÉS. EL CONDE.

CONDE. Siempre huyendo de mi lado.
 ¿Y por fin estais mejor?
 INÉS. (Sobrecogida.)
 Algo ha cesado el dolor.
 CONDE. (Observándola.)
 (Qué rostro tan demudado.)
 Inés, hace ya unos dias
 que pensativa te advierto,
 y por Dios que yo no acierto
 á comprender tus manías.
 Dias hace que te veo
 siempre triste y cavilosa,
 sin que á esa pena enojosa
 la dulcifique el recreo.
 Oculto pesar ardiente
 causa cruel tu tristeza,
 pierdes con él tu belleza,
 con él se nubla tu frente.
 Y cuando olvidando agravios
 vacila el alma indecisa,
 y plácida una sonrisa
 se desliza por tus labios,
 ese recuerdo inclemente,
 ese fantasma de horror
 con redoblado furor
 viene á estamparse en tu frente.
 Y en vano rendido esposo
 quiero buscarte un recreo;
 amante infeliz, te veo
 siempre con rostro enojoso.
 ¿Qué idea, pues, importuna
 viene á turbarte, bien mio?

¿No tienes á tu albedrío
oro, riquezas, fortuna?

¿Por qué quieres de esa suerte
hacer mi infelicidad?

INÉS.

No prosigais, por piedad,
conde, que me dais la muerte.

En extremo bondadoso
padeceis por mi inquietud;
yo lloro de gratitud,
dulce amigo generoso.

CONDE.

¡La gratitud! No es bastante
á quien ama como yo.

¡Inés! no la ofrezcas, no,
que es á un esposo infamante.

¡Cuando un fuego abrasador
por mis venas corre ardiente,
vos me ofreceis solamente
gratitud en vez de amor!

¿Para quien tanto os adora
mas recompensa no habeis?

¡Gratitud! ¿y eso ofreceis
á vuestro esposo, señora?

No, Inés, es delirio vano
ofrecerme compasion;
soy dueño del corazon
que me diste con tu mano.

Bastante tiempo enojoso
miré tu rostro hechicero;
ser por mas tiempo no quiero
tan condescendiente esposo.

¿Quién sabe...? tal vez el llanto
que á mis ojos ocultais,
por otro amor...

INÉS.

Me insultais.

Compadeced mi quebranto.
No goceis en la amargura
de una muger desgraciada:
dejadme desventurada

con mi llanto y mi tristura:
vuestro caprichoso amor
exige de mí alegria;

¡ay! por mi frente sombría

surca tan solo el dolor.
 Dejadme por todo un cielo,
 os lo pido por piedad;
 es el único consuelo
 para mí la soledad.

CONDE.

¿Qué es lo que decís, señora?

¡Vos á mi honor ultrajais!

¡Vos otro amor albergais,

siendo á mi pasión traidora!

He leído en vuestros ojos

una pasión criminal.

¡Mi honor hollado! ¡un rival!

Muger, teme mis enojos.

(*Se va.*)

ESCENA VII.

INÉS.

¿Qué se hicieron los ensueños
 de mi juvenil edad?

¡Ay! volaron halagüenos,
 porque mintieron risueños
 eterna felicidad.

De mi pasada alegría

¡infeliz! ¿qué me quedó?

Una incesante agonía,

una esperanza sombría

que mi frente marchitó.

Huyeron ¡ay! presurosos

y me robaron la calma

los momentos deliciosos;

ya solo agitan al alma

pensamientos borrascosos.

¿En dónde está aquel placer

que soñé desvanecida?

Se agitó en mi mente ayer;

hoy el alma condolida

solo alienta padecer.

Sin duda un ensueño fue

que mi mente fascinó;

pero si vendí tu fé,

no creas, Enrique, no,
que al oro te postergué.

ESCENA VIII.

INÉS. DON ANSELMO, *por el fondo.*

- ANSELMO. Inés, hija del alma.
 INÉS. ¡Padre mio!
 ANSELMO. ¿Qué idea, di, desoladora y fiera
 cruzando por tu frente de alabastro
 te arrebatara la calma placentera?
 INÉS. Una idea voraz, inestinguible,
 que abrasa el corazón con fuego insano,
 y cuya fuerza á contrariar no basta
 de mi suerte infeliz la cruda mano,
 aquí en mi pecho con horrible pena
 la siento renacer eternamente,
 la veo sin cesar ante mis ojos,
 y pasa sin cesar ante mi mente.
 ANSELMO. ¡Hija infeliz! un padre que te adora
 sabe también cubierto de amargura
 por tu dicha rogar al santo cielo;
 y en su vejez infausta y prematura,
 solo anhela tu dicha y tu ventura,
 solo pide tu calma y tu consuelo.
 ¿Por qué inocente tan fatal memoria
 albergas en tu pecho noche y día?
 Basta ya, por piedad, dala al olvido,
 y torna á sonreír con alegría.
 INÉS. ¡Desgraciada muger! Yo bien quisiera
 de mi mente borrar tan triste historia;
 á un padre no ultrajara ni á un esposo
 que en mi fatal amor cifra su gloria.
 Mas en vano yo lucho eternamente
 para arrancar del alma lastimada
 esta pasión, que viva, inestinguible,
 con fuego abrasador llevo enclavada.
 ANSELMO. No así atormentes tu preciosa vida,
 hija del corazón; ven, y en mi seno
 ahuyentarás esa pasión infausta:
 ven á cobrar al lado de un esposo

la calma, la ventura y el reposo
 que te arrebató pensamiento ageno.
 Apóyate en tu padre, que te adora;
 ven, cándida paloma destrozada,
 á recobrar la dicha que perdiste;
 ¡niña infeliz! y cuán desventurada
 á este mundo de infamia tú viniste.

(Se entran por la primera puerta de la derecha. La escena permanece un instante sola, y luego se ve entrar por el fondo disputando á un page y un guerrero.)

ESCENA IX.

ALFREDO. UN PAGE.

ALFREDO. *(Desde fuera.)*

Yo he de ver al conde.

PAGE. *(Idem.)* No.

ALFREDO. *(Adelantándose á la escena.)*

Pues bien, yo le buscaré,
 y hasta su estancia entraré.

(El page entra corriendo detras, é interponiéndose entre él y la habitacion del conde, dice:)

PAGE. Pero eso si os dejo yo.

ALFREDO. ¿Quién impedirme podrá
 ¡vive Dios! que vea al conde?
 Si él de mi furor se esconde
 mi venganza le hallará.
 ¡Venir de un noble á la puerta
 cubierto de deshonor,
 ardiendo en justo furor,
 y nunca encontrarla abierta!
 ¡Pedirle satisfaccion
 como debè un caballero,
 y despreciarme altanero
 ultrajando la razon!
 Para tal baldon y afrenta
 no hay sufrimiento bastante:
 de mi deshonor al instante
 hoy quiero pedirle cuenta.
 Ya no hay en mi basallage,
 ni sumision ni bajeza:

solo en mi pecho hay fiereza
para vengar un ultraje.
Rotos estan ya los lazos
de hominosa servidumbre ;
quiero bajo su techumbre
hacer su blason pedazos.

ESCENA X.

EL CONDE. ALFREDO. PAGE.

CONDE. ¿ Qué ruido es ese, Eduardo ?
PAGE. Señor, este soldadon
que se entra aqui de rondon.
¿ Habráse visto el bastardo !
CONDE. (*Con ira.*)
¿ Y por qué le has permitido ?
PAGE. Hícele mil reflexiones,
pero él no escuchó á razones
y aqui mismo se ha metido.
Pusimonos frente á frente,
él á entrar, y yo á que no ;
pero por fin cedí yo,
y ahí teneis al insolente.
CONDE. ¿ Quién aqui os ha traído ?
ALFREDO. La venganza.
CONDE. ¿ La venganza ?
ALFREDO. Esa es mi única esperanza,
á eso á palacio he venido.
CONDE. ¿ Y os atreveréis aqui...
ALFREDO. ¿ Qué si me atrevo ? pues no,
al infierno fuera yo.
CONDE. Furioso venís.
ALFREDO. ¡ Oh ! Sí.
CONDE. Y bien, pues pides venganza,
y á mi te acoges...
ALFREDO. Señor,
es que sois vos el traidor.
CONDE. ¿ A mí tan vil asechanza ?
ALFREDO. ¿ A vos, conde, á vos, á vos.
(*Le arroja una carta á la cara.*)
¿ Yo estoy por vos deshonorado,

y os llamais noble? Menguado.

CONDE.

(*Con despecho.*)

¿Y lo sufro? Vive Dios...

ALFREDO.

¿Es esa vuestra nobleza?

á una virgen inocente
deshonrarla infamemente
para saciar su torpeza.

Rasgar su seno infantil
con mentidora pasion,

¡abandonarla al baldon!

¡Y sois noble! Sois un vil.

Haced, conde seductor,

alarde de esas acciones,

decid que teneis blasones:

los teneis, mas... sin honor.

CONDE.

(*Con rabia.*)

Basta, basta; á mis soldados

que le prendan al instante;

quitádmelo de delante,

echadle de mis estados.

Ahogándome está el corage;

¡insultar mi estirpe así!

¿Piensas tú, villano, di,

que sufro yo tal ultrage?

Si no temiera empañar

el lustre de mi blason,

con tu infame corazon...

ALFREDO.

El vuestro os voy á arrancar.

Solos estamos los dos,

pronto quedaré vengado.

(*Desenvaina su acero y se dirige á él, pero al tiempo de ir á herirle se detiene repentinamente y dice:*)

Mas no, que estais desarmado

y soy mas noble que vos.

(*Entran varios soldados en la escena, y se apoderan de él.*)

CONDE.

Llevalle pronto, soldados.

ALFREDO.

¿Y sin vengarme? ¡traidor!

¿Este es, conde, tu valor?

¡Tantos contra uno! Malvados.

(*Hace por desasirse, y los soldados, agolpándose todos, le sujetan mas.*)

Dejadme , infames , primero
que sacie en él mi venganza
y sepulte sin tardanza
en su corazón mi acero.

Dejadme , instrumentos viles ,
afrenta del suelo hispano ,
que ante los pies de un tirano
os arrodillais , serviles.

Permitid que en mi furor
sacie mi ardiente corage
vengando el odioso ultrage
que ha oscurecido mi honor.

Tan detestable baja
es digna , conde , tan solo
de vos , que con mengua y dolo
empañásteis su pureza.

Si ; con mengua y villanía
con ella os habeis portado ,
y nuestras frentes sellado
con negra deshonra impia.

¡ Tal premio guardabais vos
en pago de mis servicios !

¡ Nobleza llena de vicios !

¡ Nobleza infame , por Dios !

CONDE.

Obedeced prontamente.

Llevadle de aqui.

(Los soldados se esfuerzan mas en sujetarle.)

ALFREDO.

¡ Oh baldon !

Del mundo la execracion
va á caer sobre tu frente.

¡ Oh ! Pido al cielo que seas
por tus torpezas odiado ,

conde infame , y deshonrado,
como yo lo estoy , te veas.

(Se lo llevan por el fondo.)

ESCENA XI.

EL CONDE.

Por Dios que estoy aturdido
al ver tanta alevosia ;

con infame villanía
 mi blason ha escarnecido :
 en el rostro me ha escupido
 con inaudita fiereza ,
 despreciando la nobleza
 que de reyes he heredado :
 no sé cómo no he mandado
 que le corten la cabeza.

Ese es sin duda el hermano
 con que ella me amenazaba ;
 y á mi, noble, denostaba
 con menosprecio el villano :
 mas ¡ ay ! su furor insano
 nace de mi error primero ;
 no fui yo tan caballero ,
 no fue tan noble mi accion ,
 pues por ella mi blason
 ha ultrajado ese pechero.

¡ Oh ! tuviera mas en cuenta ,
 al hacerlo , mi desdoro :
 de vergüenza casi lloro .*

¡ A mi , conde , tal afrenta ?
 ¿ No estaba mi cuna esenta
 de tal ultrage ? ¡ Gran Dios !
 Hundiéranos á los dos
 en un abismo , primero
 que oir decir á un pechero
 « yo soy mas noble que vos .»

(Llamando.)

Page, vete con despacio :
 en sonando la oracion ,
 sin dar mi autorizacion
 que no entre un alma en palacio.

(Se entra por la puerta por donde salió.)

ESCENA XII.

EL PAGE.

Con qué mirada tan fosca
 su mandato me da el conde :
 el miedo por mi responde
 que no entrará ni una mosca.

Arturo ya se encargó
de la puerta del jardín;
como él guarde su confin,
el mio guardaré yo.

(Se va por el fondo.)

ESCENA XIII.

TEODORA.

Estoy temblando de miedo:
¿qué es lo que he hecho? ¡Santo Dios!
Si á saberlo llega el conde...
me tiene helada el terror.

(Cierra con precaucion la puerta por donde ha entrado el conde.)

Temo que me dé la muerte;
de mi situacion me espanto.

(Abrese pausadamente la puerta por donde salió Arturo, y al notar lo Teodora retrocede asustada.)

TEODORA. Amparaime, cielo santo.

ARTURO. *(Asomándose y reconociéndola.)*

¿Sois vos? Bendigo mi suerte.

TEODORA. *(Corriendo á él con afliccion y miedo.)*

Arturo, Arturo, ¿qué has hecho?

¡Ah! Yo no estoy para nada.

ARTURO. Está buena la embajada;

pues sois muger de provecho.

TEODORA. Dime, ¿no hay remedio ya?

ARTURO. Yo no le encuentro.

TEODORA. ¡Jesus!

Yo no sé lo que me da.

(Cae desmayada en los brazos de Arturo.)

ARTURO. Ay, ay, ay, el patatus.

Vamos, todos estos seres

tienen corazon de niño;

un simple barbilampiño

vale mas que cien mugeres.

¿Quién á mi me mandaria
meterme en tal compromiso?

(Mirándola al rostro.)

Nada, no vuelve; es preciso

llevarla á la enfermería.

(La entra en la primera habitacion de la izquierda, y cuando él sale, cierra la puerta.)

Y ahora que bien lo reparo,
muy serio este asunto creo;
saldré si malo lo veo;
hasta Tetuan no paro.

(Se va por el fondo.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE.

(Oyense algunos preludios de laud, y despues de algunos instantes sale Enrique por la puerta que da al jardin.)

A impulso de un ciego ardor,
frenético y delirante,
vengo lleno de dolor,
siempre pensando en mi amor,
sin reposar un instante.
¿Por qué, muger, si te amé
con tan ciega idolatria
asesinaste mi fé?
¿por qué me vendiste, ¡impia!
si el corazon te entregué?
Si era tu pasion mentida
y tus caricias tambien,
¿por qué amargaste mi vida
llevándome, fementida,
á las puertas de un Edén?
¡Bajo un rostro tan hermoso
cuánta perfidia ocultabas!
¡Y con semblante amoroso
cómo mi fé profanabas
robándome mi reposo!
Cuando á mi lado amorosa
con dulzura sonreías
fingiéndote venturosa,
¡perfida! ¡ya me vendias!
Era tu risa alevosa,

(Cantan dentro la siguiente estrofa.)

«Yo vi brillar una estrella
en un cielo de zafir,
y al soplo de la tormenta
al punto la vi morir.»

(Declama.)

No me engaña mi deseo:
en esa dulce cancion
estar escuchando creo
à mi angel de amor, y veo
cuál renace mi ilusion.

(Cantan otra vez.)

«Y esa estrella que en el cielo
tan brillante apareció,
era mi hermosa esperanza,
que la impiedad agostó.»

(Enrique repite como por encanto los dos últimos versos de la cancion.)

«Era mi hermosa esperanza,
que la impiedad agostó.»
Tambien yo tuve algun dia
esperanzas y placer,
pero fue mi suerte impía,
y pérfida una muger
emponzoñó el alma mia.
Necio yo tambien amé
con estraño frenesi
y à sus plantas me arrojé;
¡necio yo! tambien soñé
y me burlaron asi.
Me halagabas, fementida,
para venderme despues,
y con sonrisa fingida
envenenabas mi vida.
¡Cómo me ultrajaste, Inés!

ESCENA XV.

INÉS. ENRIQUE. *Despues* EL CONDE.

(Inés al reconocer á Enrique lanza un grito de espanto: este permanece inmóvil contemplándola con la calma de la desesperacion.)

INÉS. ¿ Os cegó vuestra pasion
cuando vinisteis aqui,
profanando, Enrique, asi
mi tranquila habitacion?
Pasion maldita, obcecada,
que á los dos nos va á perder:
debéisme compadecer,
soy harto ya desgraciada.

ENRIQUE. Necia pasion que marchita
con fuego voraz mi frente:
bien decís, pasion maldita
que me consume inclemente.
Maldita pasion, señora,
que supisteis alentar,
poniendo despues, traidora,
entre los dos un altar.
Por eso he venido aqui
con desesperada calma,
porque resentida el alma
no sufre una injuria asi.

INÉS. *(Con terror.)*
Enrique, ¿ qué vas á hacer?
¡ Ah! me llenas de terror:
compadece mi dolor.

ENRIQUE. *(Rechazándola.)*
Aparta, odiosa muger.
Yo insensato te entregué
mi reposo y mi alegria:
yo como á un Dios te adore,
y tú me vendiste impia.
Mira estampado en mi frente
el sello de una pasion
profanada torpemente.

Mira aquí tu galardón.

(Señalando al corazón.)

Aquí está la herida, aquí,
dolorosa y penetrante.

¡Ah! te cubres el semblante,
tienes vergüenza de mí.

INÉS. Por Dios compadece, Enrique,
mi penosa situación.

ENRIQUE. Rompió mi paciencia el dique,
solo hay desesperación.

No ambiciono ya tu amor,
vengo buscando venganza,
y esa infernal esperanza
calma mi fiero dolor.

(Se dirige con desesperación á la segunda puerta de la derecha, y grita con voz espantosa.)

¿Mas qué aguardo, que mi mal
no siente la infiel? ¿En dónde
te ocultas, cobarde conde?

Ven, te llama tu rival.

INÉS. *(Corriendo á él azorada.)*

Imprudente, tu arrebató
nos va á perder á los dos.

¡Ah! calla, calla por Dios,
no me atormentes, ingrato.

¿No sabes que aquí grabada
está tú imagen querida,
que tu memoria es la vida
de esta muger desgraciada?

ENRIQUE. ¡Felicidad sin igual!

INÉS. ¿Y tú, Enrique, lo ignorabas,
y sin piedad me ultrajabas?

ENRIQUE. Que venga ya mi rival.

Sí, que venga, y mas hermosa
en mis brazos te verá.

INÉS. *(Con terror.)*

No, por Dios, me matará:

¿no sabes que soy su esposa?

ENRIQUE. ¿Y qué importan unos lazos
ligados por interés?

¿Qué importan, cuando en mis brazos
te pone el amor, Inés?

INÉS. (Mirando á la habitacion del conde esclama con terror.)

Enrique, Enrique, á perderte
va mi criminal amor.

(A este tiempo se presenta el conde, y con despecho y furia esclama.)

CONDE. ¿Quién ultraja así mi amor?

(Enrique desnuda repentinamente su daga, y precipitándose sobre el conde, se la clava y dice.)

ENRIQUE. El mismo que te da muerte.

(Cae el conde al suelo, y baja el telon.)





Acto tercero.

De D. P. Calvo Asensio.



Casa rústica en un despoblado de las montañas de Aragón. Dos puertas en el fondo: la de la derecha permite ver un hermoso paisaje. Otra puerta lateral á la derecha del espectador en último término.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, saliendo por la puerta lateral de la derecha.

Tanto penar á su edad:
en nada encuentra consuelo,
y apenas se ha mejorado
de ese triste abatimiento
quiere ponerse en camino:
protéjala el santo cielo.
Y yo ¡ triste! que á su lado
mitigaba mi tormento,
y en ayudarla parece
que encontraba mi remedio.
¡ Ay Dios! si tendrá rasgado
como yo su triste pecho,
y la deshonra ó el crimen...
mas no, no puedo creerlo.
El deshonor y la afrenta
que en mi corazon encierro,

no se albergan, desdichada,
 en un angel de los cielos.
 Dichosa tú que podrás
 con tu semblante hechicero
 levantar tu frente pura,
 sin que la cubra algun velo
 de ignominioso baldon
 para tu dolor eterno,
 y ante los ojos del mundo
 ser de pureza el espejo.
 Mas yo, ¡infeliz! deshonrada,
 guarecida en estos yermos,
 lloraré mi desventura
 sin calmar mi desconsuelo.

(Desde estos versos aparece Alfredo á la puerta izquierda del fondo, y escucha todo lo que dice Carolina, colocándose detras de ella, sin que esta le vea hasta que lo demuestre el diálogo.)

Y sin que nadie prodigue
 á mi corazon ya yerto
 ni una voz de compasion
 que mitigue mi tormento.
 Mas ¿qué digo? No, mi hermano
 me ama con cariño ciego,
 y ablandará mis pesares
 como siempre con anhelo.

ESCENA II.

CAROLINA. ALFREDO.

ALFREDO. ¡Hermana!

CAROLINA. ¡Cielos!

ALFREDO. ¿Qué, lloras?

CAROLINA. Sí, lloro porque se aumenta
 tu deshonor, y mi afrenta
 creciendo á todas las horas.
 Y en el negro desconsuelo
 de tan acerbo penar,
 ni aun me atrevo á levantar
 mis tristes ojos al cielo;
 que en su bóveda azulada

- dice una voz desde allí,
« no debes mirar aquí
con tu frente deshonrada.»
- ALFREDO. Calla, hermana, por piedad;
enjuga ese triste llanto,
que tal vez ese quebranto
lo calme la soledad.
Aquí entre el blando murmullo
de las auras deliciosas
y las caricias hermosas
de las aves con su arrullo,
y entre la rica fragancia
de las perfumadas flores,
mitigarás los rigores
de tu infortunada infancia.
- CAROLINA. ¡Ay hermano! El deshonor
pesa tanto...
- ALFREDO. Ya lo sé.
¡Oh rabia! y yo no arranqué
las entrañas del traidor.
- CAROLINA. ¡Infame! ¡Acción tan villana!
dejándonos deshonrados
echarnos de sus estados...
- ALFREDO. No lo recuerdes, hermana;
que de furia el pecho se arde,
y el coraje me sofoca;
y fuera su sangre poca
para saciarme, ¡cobarde!
Pero ¡ay! que aun está en el mundo,
aun alimento esperanza
de consumir mi venganza
en su corazón inmundo.
- CAROLINA. ¡Alfredo!
(*Alfredo aparenta cobrar serenidad á la voz de su hermana.*)
- ALFREDO. No, hermana mía;
me he deslizado, lo veo,
tan solo lo que deseo
es que cobres tu alegría.
Y que tu agitada faz
esté serena y radiante,
cual lucero rutilante

precursor de iris de paz.
 CAROLINA. ¡Ay hermano! tu cariño
 auyenta al fin mi tristura,
 y calma mi desventura
 como el halago de un niño.

ALFREDO. Olvida el pesar, hermana;
 desecha esa triste idea,
 sal por el bosque y pasea,
 que te brinda la mañana.

Y las encantadas flores
 que lozanas crecerán,
 sin duda, hermana, serán
 un calmante á tus dolores.

CAROLINA. Si, Alfredo, yo las bendigo,
 que al ver su fresco arbol
 marchitado por el sol,
 las compararé conmigo.

(Se entran los dos por la puerta del bosque.)

ESCENA III.

ENRIQUE, *saliendo por la puerta lateral derecha.*

¿De qué me sirvió vivir
 en doradas ilusiones
 y dulce emocion sentir,
 si desgarran las pasiones
 mi tenebroso existir?

¿De qué la dulce ambrosia
 que su espresion deslizaba,
 ni el fulgor que despedia
 cuando afable sonreia
 y en mí su vista fijaba?

De nada, todo voló
 como el aroma fragante
 que hermosa flor despidió,
 y fúgaz se disipó
 entre las auras flotante.

Y de la dulce ilusion
 con que la mente soñaba,
 solo alcanzó el corazon
 una doliente pasion

que mi pecho destrozaba.
 Empero de aquel amor
 puro, angélico, ideal,
 que deshojáran en flor,
 hizo el cielo en su furor
 un cariño criminal.

Y este amor ensangrentado
 nos martiriza á los dos
 con rigor emponzoñado:
 es un castigo que Dios
 contra mi dicha ha enviado.

Y ahora que ya la poseo,
 ahora que Inés es ya mía
 y conseguí mi deseo,
 entre el placer solo veo
 una amenaza sombría.

Una tumba y sangre ardiente
 por mi mano derramada:
 un crimen que me atormente,
 una mancha que en la frente
 eché de una desgraciada.

(Queda como sumergido en meditaciones, y apoyado en un escaño.)

ESCENA IV.

ENRIQUE. ALFREDO.

ALFREDO. *(Desde la puerta, y aparte.)*
 ¡Qué pensativo se encuentra!
 también la amarga aflicción
 contrista su corazón:
 veamos.) ¿Señor? *(Alto.)*

ENRIQUE. *(Con despego.)* ¿Quién entra?
(Viendo á Alfredo se serena repentinamente.)
 ¡Ah! perdonadme: ¿sois vos?
 Mi pecho estaba alterado,
 un pesar me habia afectado
 y...

ALFREDO. Señor, penamos los dos.

ENRIQUE. ¿Cómo! ¿también padecéis
 guarecido en un desierto?

ALFREDO. Que sufro mucho es muy cierto;

- ENRIQUE. por qué, no me preguntéis.
Si yo puedo, hablad, hablad,
vuestro mal evitaré,
y un tributo rendiré
á vuestra hospitalidad.
Pues tal favor me habeis hecho,
que no sé cómo pagaros,
ni de qué modo explicaros
la gratitud de mi pecho.
Os debo la vida, mas,
porque por vos se ha salvado
ese angel infortunado;
sin vuestro auxilio, jamas.
- ALFREDO. Solo cumplí mi deber:
cuando á mi casa vinisteis
y en vuestros brazos tragisteis
á una espirante muger,
¿cuál era mi obligacion?
Con tierna solicitud
procurarla su salud
me dictaba el corazon.
Os ofrecí mi morada
con nuestra pobre asistencia,
y hoy mi mayor complacencia
es el verla mejorada.
Mi hermana, no lo dudeis,
celebra su mejoría,
y siente que llegue el dia
en que de aquí os ausenteis.
- ENRIQUE. Me admira tanta bondad:
sois, buen hombre, tan honrado,
que no debeis ignorado
vivir en la soledad.
Que ese fondo de nobleza...
- ALFREDO. ¿Nobleza decís...? no, no,
que si noble fuera yo...
¡Ah! maldigo esa grandeza;
y aun así, mirad, quisiera
ser noble por solo un dia,
y por lograrlo daría
mi sangre y la vida entera.
- ENRIQUE. ¿Cómo?

ALFREDO.

¿Os sorprende? Lo veo.

No habeis sido desgraciado,
lo conozco.

ENRIQUE.

¡Ah! demasiado,

y mas desgracias preveo,
pero horrorosas, fatales.

ALFREDO.

No cual las mias serán:
sino mirad, aqui estan
las mas profundas señales.*(Señala á la frente.)*

ENRIQUE.

¿Qué decís?

ALFREDO.

¿No comprendéis?

ENRIQUE.

Nada comprendo en verdad.

ALFREDO.

Pues un momento escuchad,
y mi desgracia sabreis.Cuando el altivo agareno
en Castilla penetró
y nuestro suelo arrasó,
hirvió la sangre en mi seno.La voz de patria llegaba
sin cesar á mis oidos,
y los lánguidos gemidos
de mis deudos escuchaba.Decíanme: «en fiera guerra
nos aniquilan los moros,
y nos roban los tesoros
asolando nuestra tierra.»Entonces dije, pues bien,
vayamos á combatir,
porque es muy noble morir
por nuestra patria tambien.Mi hermana me suplicó
para que no me alejára,
y huérfana la dejára,
pero nada consiguió.¡Ay! que si hubiera escuchado
su voz celestial y pura,
su candor y su hermosura
no se hubieran marchitado.Mas no hice caso, sonaba
la voz de patria en mi pecho,
y con corage y despecho

ver al moro ambicionaba.
 No hallaba gloria ninguna
 que comparable me fuera
 a hollar la infame bandera
 de la odiosa media luna.
 Al fin mi brazo impaciente
 se asió del templado acero,
 y alcancé, aunque era pechero,
 el renombre de valiente.
 Los gefes me celebraban
 con un entusiasmo puro,
 y su inespugnable muro
 orgullosos me llamaban.
 Bien pronto treguas se hicieron
 de nuestra patria en desdoro,
 y contra el infame moro
 las lides se suspendieron.
 Entonces ¡ ay Dios! volé,
 lleno el pecho de ternura,
 á ver aquella alma pura
 que huérfana abandoné.
 Y mi mente fascinada
 via un porvenir sereno,
 y al estrecharla en mi seno
 ¡ cielos! la hallé deshonorada.
 ¡ Infeliz!

ENRIQUE.
 ALFREDO.

Es cierto. Un hombre
 de esos que nobles se llaman,
 y que altaneros se inflaman
 con decir tienen un nombre,
 con juramento malvado
 á mi hermana deshonoró,
 y el bárbaro destruyó
 mi dulce ensueño dorado.
 Poco antes de mi llegada
 reclamó mi hermana de él
 fuese caballero y fiel
 á su antigua fé jurada.
 Pero contestó: «villana,
 si por capricho te amé,
 con dinero pagaré
 el haber sido liviana.»

ENRIQUE.

¿Y vos lo sufristeis?

ALFREDO.

¡Yo!

Sin descansar un momento
fui corriendo á su aposento.

ENRIQUE.

¿Y al fin os vengásteis?

ALFREDO.

No;

que le encontré desarmado
y el golpe no descargué:
un duelo de él reclamé
y me despreció el malvado.Y con orgullo altanero
dijo á su gente: llevadle,
y de mi tierra arrojadle
á ese atrevido pechero.Y burlada mi esperanza
miré entonces: ¡oh furor!
¡y aun alienta el seductor!
¡y aun vivo yo sin venganza!*(Aparentando serenidad.)*Ved pues si el dolor profundo
que mi hermana y yo sentimos
con justicia lo sufrimos
lejos de ese falso mundo.

¿Será así vuestro dolor?

ENRIQUE.

Tiene mucha semejanza;
mas yo sacié mi venganza,
y hoy mi tormento es mayor.

ALFREDO.

¡Mayor! ¿y os habeis vengado?

No tal cosa pronuncieis.

ENRIQUE.

¡Ay! que vos no comprendeis
cuánto soy infortunado.Tambien un noble en mal hora
mis desgracias preparó.

ALFREDO.

¡Oh! maldecid como yo
de esa caterva traidora
que en ellos una vileza
hace honor á sus acciones;
¡qué bellos son los blasones
de la execrable nobleza!Mas ¡ay! mi mente se irrita
tan solo con recordarle,
y soñando que he de hallarle

- mi ardiente pecho se agita.
 ENRIQUE. Dejad, dejad esa idea ;
 no ambicioneis el tormento
 del fatal remordimiento
 que ahora mi pecho rodea.
 Abandonad á la España ,
 venid , y de aqui lejanos
 viviremos como hermanos
 en una nacion estraña.
 Y nuestras acerbas penas
 mutuamente aliviaremos ,
 y cada cual pensaremos
 en las desgracias ajenas.
 ALFREDO. Gustoso con vos me fuera
 si entre mi acerbo dolor
 que aqui he de hallar al traidor
 una voz no me dijera.
 Y este delirio fatal
 de creerlo no estoy harto ;
 asi es que jamas aparto
 de mi seno este puñal.
 (*Enseña un puñal que lleva oculto.*)
 Y en tan ciego frenesi ,
 en tan horroroso estado
 es en quien solo he encontrado
 un calmante para mí.
 ENRIQUE. Asi aumentándose irá
 esa pena que os devora.
 ¿Mas quién llega ?
 ALFREDO. La señora.
 Me retiro.
 ENRIQUE. Bien está.

ESCENA V.

ENRIQUE. INÉS , *azorada.*

- INÉS. Enrique , Enrique.
 ENRIQUE. Mi Inés.
 INÉS. ¿Qué horror , Enrique !
 ENRIQUE. Tu mano
 tiembla , ¿y acaso cercano

algun peligro tú ves?
 Habla, mi amor, ¿qué te agita?
 ¿qué causa tu turbacion?

INÉS. Es una horrible vision
 que dejó mi alma marchita.

ENRIQUE. No turve tu mente así
 ese recuerdo espantoso;
 cobra, por Dios, tu reposo,
 nadie te persigue aquí.

INÉS. No es sueño, la realidad
 en este semblante mira.

ENRIQUE. (¡ Infeliz! ¡ cómo delira
 con su torpe liviandad!)
 Torna á la calma, Inés mia,
 nada aquí debes temer,
 que no haya para ti ayer
 ni antigua estrella sombría.

INÉS. Pero ¡ ay! que mi pecho lucha
 con negro pesar ardiente,
 y me persigue inclemente
 esa sombra.

ENRIQUE.
 INÉS.

¡ Inés!

Escucha.

Pestilento vapor me circundaba:
 sulfúreas llamas en mi torno ardian:
 bajo mis pies la tierra retemblaba:
 negros fantasmas hácia mi venian.
 El huracan, los truenos, el relámpago
 en la celeste bóveda á portia
 con horrisono son roncós bramando,
 parece que de furia haciendo alarde
 amenizaban la infernal orgia.
 Los elementos todos compelidos
 á horrorizar á un corazón llagado,
 cual si á este suelo balancear quisieran
 redoblaban su horrisono bramido,
 quebrándose la tierra á su sonido.
 De repente callaron; y un silencio
 que salir de las tumbas parecia
 al crudo choque del furor siguióse,
 presagiando á mi pecho sin ventura
 luto, desolacion, sangre, amargura.

Entonces negra nube descendiendo ,
ante mi vista cruza y me presenta
cubierto con un velo ensangrentado
un horrible fantasma mutilado.
Abarca con su mano hierro impio
que á su paso blandió con vista airada ;
ruge el trueno otra vez , y á su estampido
el seco espectro con semblante torvo
me mira , se sonríe , me maldice ,
y con voz sepulcral así me dice :
*«Adúltera infeliz , perjura aleve ,
tus crímenes oculta en el infierno ;»*
y al eco repetido y tembloroso
otra vez resonó la voz precita
«huye al infierno , adúltera maldita.»
Entonces balbuciente , compungida
torno á otro lado tímida mirada :
te busco ansiosa y de dolor transida
desencajado el rostro , y condolida
el alma de penar , y lastimada ,
un consuelo buscaba reclinando
mi enardecida frente allá en tu seno ;
con avidez te busco , y tú espantado
huyes de la vision que te persigue ,
y que hácia tí sangrienta se levanta
con su hierro amagando tu garganta.
Un ay entonces lastimero y triste
al fantasma lanzó mi pecho ardiente ,
nubláronse mis abrasados ojos ,
sentí quemarse mi marchita frente :
corro despavorida , horrorizada ,
tu nombre , Enrique , con pavor repito ,
y calmando mi afán aquí te encuentro
y en tus brazos , mi bien , me precipito.
Calla , Inés , que un sueño horrible
devora tu pecho ardiente ,
á par que sella en tu frente
esa pena inestinguible.
Cálmate al fin , dueño mio :
el cielo fue quien guió
la mano que le mató :
cese ya tu desvario.

ENRIQUE.

- INÉS. Era mi esposo.
- ENRIQUE. No tal;
pues negaste el juramento
ante el regio firmamento,
todo fue nulo, inmoral.
- INÉS. Dispuso al fin de mi mano;
mi padre se la entregó.
- ENRIQUE. Tu padre fue quien causó
nuestra desgracia, inhumano.
Victima infeliz sufriste
su mandato resignada.
- INÉS. ¡Ay padre! ¡qué desgraciada
en mi juventud me hiciste!
Mas tú también sentirás
mis pesares, padre mío,
y con un dolor sombrío
por mis males llorarás.
Condolido tal vez hoy
de mi infortunada suerte,
te cerca infeliz la muerte.
- ENRIQUE. ¡Cielos! ¡qué culpable soy!
Desecha ya ese pavor
que te sumerge en tristura,
y lo tornen en ventura
caricias de nuestro amor.
Sonríeme cariñosa,
sonríeme, Inés amada,
y que á tu faz lastimada
vuelva el matiz de la rosa.
- INÉS. No puedo tranquila estar:
yo te adoro con pasión;
pero aquí... en mi corazón...
- ENRIQUE. Retírate á descansar.

ESCENA VI.

ENRIQUE.

Tranquila no estarás, yo te lo creo,
infelice muger, que en amargura
yo trocára tu dicha y tu ventura;
¡y tu crimen te aterra! Bien lo veo.

Y esa alma angelical que el santo cielo
 para envidia formó de los mortales,
 mi ardiente frenesi con torpe anhelo
 de mancha criminal dejó señales.
 Y no encuentras ni calma ni reposo ;
 do quier que fijas tu fatal mirada,
 la sombra amenazante de tu esposo
 miras con sangre en derredor manchada.
 ¡ Y el cielo no respeta tu inocencia !
 ¡ y acibára tu vida y tu hermosura !
 ¡ y el castigo lo ves en tu conciencia !
 ¡ Gran Dios ! ¡ cuánto penar ! ¡ cuánta amargura !
 Bien veo tu justicia soberana ,
 y este amor infeliz yo le maldigo ;
 pues cubre de terror mi edad temprana
 y el castigo fatal llevo conmigo.
 Robé de un hombre su mejor tesoro ,
 y su vida corté con furia ardiente ;
 pero fue por Inés , á quien adoro ,
 por esa hermosa Inés tan inocente.
 Y si odioso rival hoy alentára
 segunda vez mi furia probaría :
 cien vidas que tuviera le quitára
 si aquel angel de Dios me seducia.
 Mas ella inquieta está , voy á su lado ;
 calmaré con mi amor su triste sueño ,
 que si en ella el destino se ha gozado,
 tal vez la espere porvenir risueño.

(Va á entrar por la puerta por donde se fue Inés , á tiempo que Alfredo entra por el fondo.)

ESCENA VII.

ENRIQUE. ALFREDO.

ALFREDO. ¿ Señor ?
 ENRIQUE. ¿ Qué es eso ? ¿ qué ocurre ?
 ALFREDO. Tened un poco , escuchad.
 Al internarme en el bosque
 con deseos de encontrar
 á mi hermana , que paseaba
 gozando en su soledad ,
 sentí pasos presurosos ;

me paro y oigo sonar
 un quejido fiero, ardiente,
 cual salido de Satán.
 La sangre me hirvió en las venas,
 y una convulsion mortal
 al punto sentí en mi cuerpo,
 y aqui en mi pecho ademas
 un fuego que aniquilaba
 mi existencia.

ENRIQUE.
 ALFREDO.

Continuad.

Aplico mas el oido,
 y logré al fin escuchar
 entre coléricos ayes
 estas voces nada mas.
 «Pido á Dios, al mismo infierno,
 me los permita encontrar.»
 Tendi mi vista afanosa
 por la inmensa soledad,
 y no vi á nadie, tan solo
 miré á Carolina ya,
 que de esta casa á la puerta
 pisando estaba el umbral.
 Dirijo hácia aquí mis pasos,
 llego en efecto, y detras
 viene á poco un peregrino
 pidiendo hospitalidad.
 Le miré y sentí mi pecho
 ardiente como un volcan.

ENRIQUE.
 ALFREDO.

¿Pero al fin, nada os ha dicho?
 Si le dejo descansar
 por un instante.

ENRIQUE.

¿Y en eso

qué es lo que vos recelais?

ALFREDO.

Hallo una cosa terrible
 que yo no puedo explicar.
 Su torva mirada aterra,
 su semblante es infernal,
 mil arrugas, pero... horribles
 cubriendo su tez estan.

Vamos, parece un espectro
 con forma humana no mas.

ENRIQUE.

¿Y qué temor os inspira?

ALFREDO. Temor no, pavor quizá.
Venid, venid le vereis.

(A este tiempo se deja ver á la puerta izquierda del fondo un peregrino de largas melenas y barba blanca, que los observa con interes y sorpresa, escuchando lo que dicen, sin ser visto de ellos. Todo lo que el peregrino habla en esta escena es aparte.)

ENRIQUE. Satisfaré vuestro afan.

PEREGRINO. *(Al fin me ampara el infierno
y el pecho se alegra ya.)*

ALFREDO. Y ha de aterrarnos tal vez
el ver su espantosa faz.

PEREGRINO. *(Vete por la vez postrera
el bello campo á admirar,
que á tu regreso el sepulcro
aqui mismo encontrarás.)*

ENRIQUE. Pero tan turbado os veo...

PEREGRINO. *(Mucho mas lo vas tú á estar.)*

ALFREDO. Tal vez con mucha razon.

ENRIQUE. Ea pues, guiad, guiad.

(Se van por la puerta que da al campo sin ver al peregrino, que sale luego á la escena.)

ESCENA VIII.

EL PEREGRINO.

Alienta, corazon, late brioso,
que vas á ver cumplida tu esperanza;
ya hallastes el momento delicioso,
el momento feliz de la venganza.
¡ Ah! cuál se agita rencoroso el pecho
á par que el alma de placer sonrie:
mi ardiente corazon siento desecho:
que este aliento de fuego no se enfrie.
Mas no, que la venganza es deliciosa,
y una mancha de horror cubre mi frente,
y esta vida que arrastro es afrentosa
si yo permito que el traidor aliente.

(Dirige la vista á la puerta del fondo, y luego á la lateral derecha.)

Pero él se llega ya, y á la perjura

la miro sonreír ; pronto tu suerte
te prepara ; infeliz ! la sepultura
y te arroja en los brazos de la muerte.
(*Procura aparentar repentinamente serenidad.*)

ESCENA IX.

ALFREDO. ENRIQUE. EL PEREGRINO.

ALFREDO. (*Desde fuera.*)
(Si estaba aquí en este instante ;
no se ha podido marchar.
A no ser que se haya entrado...)

ENRIQUE. (*Idem.*)
En efecto , que allí está.

(*Al tiempo que ellos entran en la escena, el peregrino sale á su encuentro.*)

PEREGRINO. Señores , disimuladme
que usando de libertad
hasta aquí me haya internado.

ALFREDO. (*A Enrique.*)
(Parece el genio del mal.)

ENRIQUE. (*A Alfredo.*)
(Por cierto que es horrorosa
y aterradora su faz.)

PEREGRINO. (Turbados están los dos.)
(*Alto.*)

Porque siempre á nuestra edad
somos curiosos los hombres.

ALFREDO. Lo que es vos , lo demostrais.

PEREGRINO. Un anciano peregrino ,
sin hacienda y sin hogar ,
que transita por el mundo ,
tiene que ser lenguaraz ;
porque nosotros hallamos
nuestro placer en hablar ,
y así es que somos curiosos
cual pages de casa real.
Contamos lo que hemos visto
sin llegar nada á olvidar ,
y en todas nuestras cuestiones
damos razon y señal

de cómo y por qué suceden
las cosas, y...

ALFREDO.

Basta ya.

PEREGRINO.

Y si hasta aqui he penetrado
ha sido por observar
la construccion interior
de vuestra casa.

ALFREDO.

Acabad.

PEREGRINO.

Aunque os moleste, quisiera,
si no lo tomáis á mal...

ALFREDO.

¿Pedir tal vez alimento?
venid, y conmigo entrad,
que en esta casa, aunque pobre,
si no hay selecto manjar,
hay frutas, hogazas, vino,
y una grande voluntad.

ENRIQUE.

(Yo no sé lo que en mí siento:
su aspecto me hace temblar.)

PEREGRINO.

Agradezco cortesmente
vuestra oferta liberal;
mas no es eso lo que os pido.

ALFREDO.

Entonces decid, hablad.

PEREGRINO.

Como es mi oficio correr
por la tierra y por el mar,
y llevo ya tantos años
de viaje universal,
con mi esperiencia he alcanzado
el arte de adivinar,
y asi leo en lo futuro
como lo que queda atrás.

ENRIQUE.

¿Luego sois un nigromante?

PEREGRINO.

No podré yo decir tal,
pero sí que mis pronósticos
pintan solo la verdad;
con que si quereis saber
si os es propicio ó fatal
vuestro sino...

ENRIQUE.

Sí queremos.

(Veré si logra acertar
con sus patrañas mi vida.)

ALFREDO.

Ea pues, luego empezad.

PEREGRINO.

Esta bien; mas necesito

para poder penetrar
los arcanos del destino,
que no haya aqui nadie mas
que el que lo quiera saber
con quien lo ha de adivinar.

ENRIQUE. *(A Alfredo.)*
Pues dejad quedemos solos.

PEREGRINO. *(A Alfredo.)*
Si, un instante esperad,
que luego sabreis tambien
vuestro sino sin fallar.

ENRIQUE. *(Corazon, alégrate,
que el momento llega ya.)*
*(Mi supersticion es tanta
que de él me voy á fiar.)*

ALFREDO. *(Retirándose.)*
*(Estaremos al cuidado,
que esta figura infernal
tanto me aterra, que creo
es el mismo Satanás.)*

(Se entra por la puerta izquierda del fondo.)

ESCENA X.

EL PEREGRINO. ENRIQUE. *Despues* ALFREDO.

*(En toda esta escena hasta tanto que el peregrino
se descubre será su expresion de muy marcado sarcasmo.)*

ENRIQUE. Solos estamos ya, buen peregrino;
si en secreto decís debéisme hablar,
podéislo hacer, anciano.

PEREGRINO. Si, al momento.
La negra incertidumbre en que os hallais,
y que turbado os tiene en este instante,
desaparece aqui, no existe ya;
y el velo misterioso que os encubre,
sabadlo, altivo jóven, va á cesar.
¿Conoceis por ventura este semblante?
Mirad mi frente, y en ella reparad.

(Enrique en toda esta escena estará como asombrado.)

ENRIQUE. Es extraño en verdad ese lenguaje.

- PEREGRINO. Y ese rostro, señor, turbado está.
¿Qué agitacion es esa? ¿qué quebranto altera vuestro pecho y vuestra faz?
- ENRIQUE. Yo... nada... nada...
- PEREGRINO. Pero... horror os causo.
¿Qué crimen ocultais, ó qué pesar?
- ENRIQUE. (*Furioso.*)
Anciano, ¿qué decís? ved que un insulto es afrenta terrible; así, temblad.
- PEREGRINO. ¿Una afrenta habeis dicho...? sí, una afrenta solo con sangre se podrá lavar.
He venido por eso en busca tuya recorriendo la aldea y la ciudad, sin que los bosques ni la inculta tierra un dique opongán á mi fiero afán; pero el infierno me indicó el camino por do insensato te pudiera hallar.
- ENRIQUE. (*Con mayor turbacion.*)
Ó á mí me confundís con algun hombre, ó en aqueste momento delirais.
- PEREGRINO. ¿No penetra tu pecho envilecido quién se encuentra debajo del disfraz?
¿Tanto muda la afrenta mis facciones que me sienta tan bien la ancianidad?
¿No escuchas una voz, perverso Enrique, que te llama asesino, criminal?
- ENRIQUE. (*Horrorizado.*)
¿Y quién sois vos?
- PEREGRINO. (*Despojándose instantáneamente de las barbas, lo mismo que del disfraz que le cubre, dice con voz espantosa.*)
El conde de la Mata.
(*Desde que el peregrino da la voz por la que manifiesta ser el conde de la Mata, aparece Alfredo á la puerta con un ademan feroz escuchando lo que pasa en la escena, sin ser visto de ellos.*)
- ENRIQUE. ¡El conde!!
- CONDE. Que halla su venganza ya.
El mismo conde, sí, que fue ultrajado por una esposa impura y criminal, por un amante ciego y orgulloso que dejara su patria y su solar

cuando alevoso se bañó en mi sangre
 creyendo que mi herida era mortal.
 El mismo conde, cuya mancha horrible
 su frente cubre, por venganza hallar,
 vuestros pasos siguió, falaz Enrique,
 para hundir en tu pecho su puñal;
 y de esa esposa impura que me vende
 verter la sangre con horrible afán.
 Mas ya la rabia y el furor me ciegan,
 y en mis venas la sangre hirviendo está:
 implora al cielo el postrimer auxilio;
 mas no, malvado, que tu acento audaz
 al cielo insulta, si á su Dios implora.
 Cúmplase mi venganza.

(Desenvaina un puñal y va á herir á Enrique; pero Alfredo, que está detras del conde, se adelanta, y clava en él el suyo.)

ALFREDO.

En ti será.

(El conde cae mortal á sus pies.)

CONDE.

Soy muerto. Maldición. *(Espira.)*

ALFREDO.

Y á manos mias,

á manos del pechero que ultrajaste
 con tu orgullo y tus torpes villanias:
 tu accion, soberbio conde, la pagaste.

ENRIQUE.

Me anonada esa sangre, y me amedrenta.

ALFREDO.

Los traidores tambien tienen su plazo;
 y pues ya esta arma vil lavó mi afrenta,
 me horroriza desde hoy y la rechazo.

(Arroja el puñal.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. CAROLINA. INÉS. *(Esta sale por la puerta lateral derecha, y Carolina por la izquierda del fondo.)*

CAROLINA. ¿Qué ruido es este, di, querido hermano?

ALFREDO. *(La toma del brazo, y mostrándola al conde la dice.)*

Cesaron tu deshonra y tus desvelos.

CAROLINA. *(Con espanto.)*

¡El conde!

ALFREDO.
INÉS.

Si.
(*Reconociéndole.*) ¡ Mi esposo!
(*Se cubre el rostro horrorizada.*)

ENRIQUE.
ALFREDO.

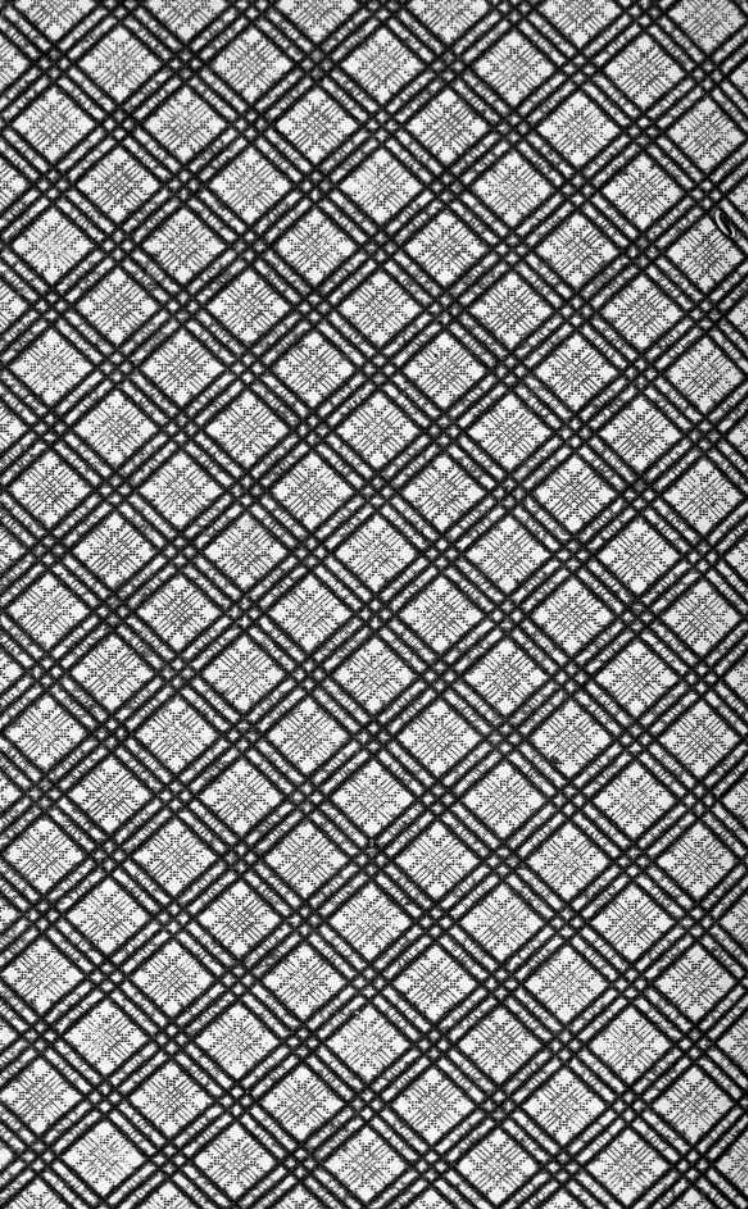
Tu tirano.

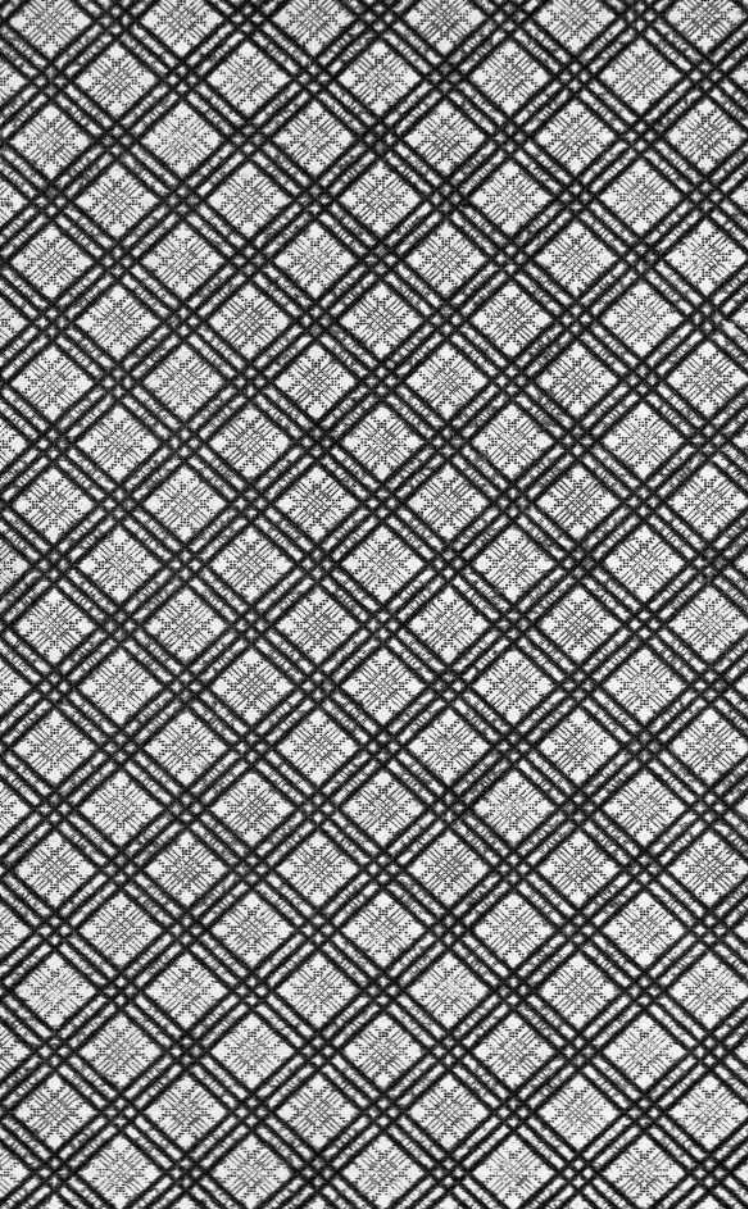
Ved el justo castigo de los cielos.
Tranquilizaos ya ; justa es su muerte :
acabe vuestra pena y dolor fiero,
y mirad en el fallo de la suerte
cumplida la venganza de un pechero.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3000

UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3000










CALVO ASENSIO

OBRAS
DRAMATICAS





G 31746

